

## **H. Carlos Palop Serrano, S. I.**

**(El Saucejo, Sevilla, 19/12/1931 - Málaga, 18/01/2017)**

Mi primer contacto con Carlos Palop tuvo lugar durante los siete años que estuvo de sacristán en la residencia de Málaga, de 1987 a 1994, o mejor, un año menos, pues yo llegué el 88 y él ya estaba allí. No obstante, creo que, en el caso de Carlos, son suficientes para hablar de él. Baste decir que, entre las muchas personas que lo trataron al frecuentar nuestra iglesia, la estima de él era y sigue siendo la misma, a todos les captaba su sencillez, su bondad y ese algo espiritual que se traslucía a través de toda su persona. El verlo les ayudaba a entrar con gusto en la sacristía y en nuestra iglesia.

He dicho en la iglesia. ¡Quién no recuerda cómo preparaba el monumento para el Jueves Santo, colocado en el altar habitualmente destinado a la Virgen del Pilar! Con una sencilla escalerita de pocos peldaños, hacía subir la mirada hasta encontrarse con la urna donde se reservaba el Santísimo. ¿Y quién no sentía devoción al hacer oración delante de lo que había preparado para los días de Navidad? Era un gran mesón completamente cerrado para la Sagrada Familia, pero que se entreveía lujoso y cómodo en su interior. Totalmente adosado a este casi palacio, colocaba el humilde establo, con gran luminosidad interior, para acoger en el pobre pesebre al Hijo de Dios recién nacido, entre San José y la Sma. Virgen.

Nunca se le encontraba en la sacristía sin hacer nada. Siempre estaba ocupado, pero con el tiempo suficiente para atender a cualquiera que se dirigiera a él. A una sacristía acude la gente no sólo para cosas importantes, sino también para multitud de asuntos menudos y cotidianos de todo tipo, a veces para buscar a algún sacerdote de la comunidad. A todos dedicaba Carlos el tiempo oportuno, sin prisas y con agrado.

Curiosamente tuvo un ayudante que hacía la colecta en los domingos y festivos. Comenzaron los fieles a darse cuenta de que algunas limosnas las llevaba a su bolsillo y se lo advirtieron. Pero el H. Palop decía que él no lo había buscado; en realidad se lo habían llevado (no sé si fue el superior o el ministro) y le costaba tomar parte en el asunto. Por fin lo hizo y despidió al ayudante.

Decía el P. Tiburcio Arnaiz, animando a una novicia que había conocido cuando ella era colegiala en Murcia, que con la tónica espiritual con que se sale del noviciado, se permanece toda la vida.

Ya antes de entrar en el noviciado podemos decir que Carlos Palop traía de su anterior juventud su haber espiritual. Contaban sus familiares, con ocasión de su muerte, que entre los suyos había manifestado siempre la misma bondad con todos los de la casa y con la gente de fuera. Siempre, desde niño, fue dado a la piedad y a las cosas religiosas.

Y lo que él vivía lo trasmitía a otros. Se había hecho cargo de los pequeños del barrio, los reunía y les daba sesiones de catecismo; también les enseñaba a rezar el rosario y otras oraciones.

La carestía religiosa, después de la guerra, le llevó a ir desde Osuna, donde había nacido y donde vivía, hasta Sevilla pidiendo dinero para comprar una imagen de la Virgen, que todavía se halla en una de las iglesias de Osuna.

Piensa uno que no le debió costar mucho el voto de pobreza al entrar en la Compañía. Él había entendido y había practicado anteriormente lo que a veces se lee en la vida de los santos. En una ocasión, advirtieron los suyos que llevaba unos zapatos muy viejos y tenía que comprarse otros. Se lo hicieron saber y, efectivamente, se los compró y se los puso; pero algo después notaron que llevaba puestos otros aún más viejos que los que había desechado para ponerse los nuevos. La explicación era que había dado los nuevos a un pobre que tenía puestos unos muy viejos y él se había quedado con los del pobre.

Su superior en la enfermería, el P. Juan Luis Veza, decía que se podía pensar con las cosas de Carlos Palop, en algo como “Las Florecillas de San Francisco”.

Y, como florecillas de Carlos Palop, podía yo interpretar lo que hacía en Cartuja, bastantes años después de su estancia en Málaga. Me lo encontré algunas veces, cuando yo iba a hacer mis Ejercicios allí, con su espíritu de trabajo, arreglando las macetas de la huerta. Las saneaba y las dejaba como nuevas. Algunas tenían que llevárselas en un carrito debido a su peso y su volumen.

Supongo que, cuando lo destinaron a la enfermería, iba ya con el Parkinson. También entonces debió pensar que sería bueno emplear el tiempo en algo útil. No sé si fue al querer coger algo que estaba en alto, cuando se cayó. Poco a poco fue debilitándose. Se le veía recorriendo el pasillo utilizando un andador. Y, finalmente, hubo de guardar cama.

Algún defectillo manifestó en una ocasión, aunque me parece que no es el caso de detenernos en ello. Pero, ciertamente, la Compañía ha quedado honrada con su paso por ella: uno de esos humildes de los que Cristo dio gracias al Padre porque se fijaba en ellos y no en los sabios y entendidos.

Vicente Luque, S.I.  
Málaga, 07.02.2017